

vaba de todo contacto con los hombres, de toda participación enérgica en los acontecimientos. En cuanto al regente ó *siogun*, se reservaba el derecho del mando, la acción; el nombre de «Rey Sol» se dejaba al príncipe encerrado, pero al *siogun* correspondía la fuerza para suscitar ó para destruir.



EL SIGLO XVIII. — NOTICIA HISTÓRICA

FRANCIA. Luis XIV nació en 1638, reinó desde 1643 y gobernó desde 1661 á 1715. Entre otros hijos, tuvo de María Teresa, muerta en 1683, el Gran Delfín, y de la señora de Montespan que, sucesora de la señorita de la Vallière, fué querida titular desde 1668 á 1682, el duque de Maine (1670-1736); la señora de Maintenon, esposa del rey á partir de 1684, murió sin hijo. El Gran Delfín murió en 1711; su primogénito, el duque de Borgoña, en 1712; el duque de Bretaña, hijo de éste, en 1712; el duque de Berry, segundo hijo del Gran Delfín, en 1714. A la muerte de Luis XIV sólo quedó el duque de Anjou, nacido en 1710, segundo hijo del duque de Borgoña, que llegó á ser el rey Luis XV. El Regente, Felipe de Orleans, nieto de Luis XIII, murió en 1723, poco después de la mayor edad de Luis XV. Bajo el nuevo reinado, Fleury estuvo en el poder desde 1726 hasta 1743. Luis, hijo de Luis XV, murió antes que su padre, en 1765, por lo que el nieto de este último, nacido en 1754, subió al trono en 1774 y reinó hasta la Revolución.

PRUSIA. En 1415 un Hohenzollern llegó á ser margrave de Brandeburgo. Federico Guillermo, gran elector desde 1640 hasta 1688, acogió á los Hugonotes; su hijo Federico III se hizo rey y como tal se le conoce con el nombre de Federico I, Federico Guillermo I, el rey sargento, que reinó desde 1713 á 1740, y Federico II el Grande, de 1740 á 1786. Le sucedió un sobrino, Federico Guillermo II, seguido de otros Federico Guillermo.

AUSTRIA. Carlos VI, emperador y rey (1711-1740), no dejó más que una hija, María Teresa. Esta ejerció el poder de 1740 á 1780, pero el elector de Baviera fué nominalmente emperador de 1742 á 1745, después Francisco I, esposo de María Teresa, y José II, su hijo (1765-1790). Le sucedió su hermano Leopoldo, después Francisco II, hijo de este último (1792-1835).

GRAN BRETAÑA. Á la muerte de Ana (1714), excluido su hermano Eduardo Estuardo por su religión, el heredero de la corona fué Jorge de Hanover, descendiente por su madre de Jacobo I. Cuatro Jorges se suceden de 1714 á 1830.

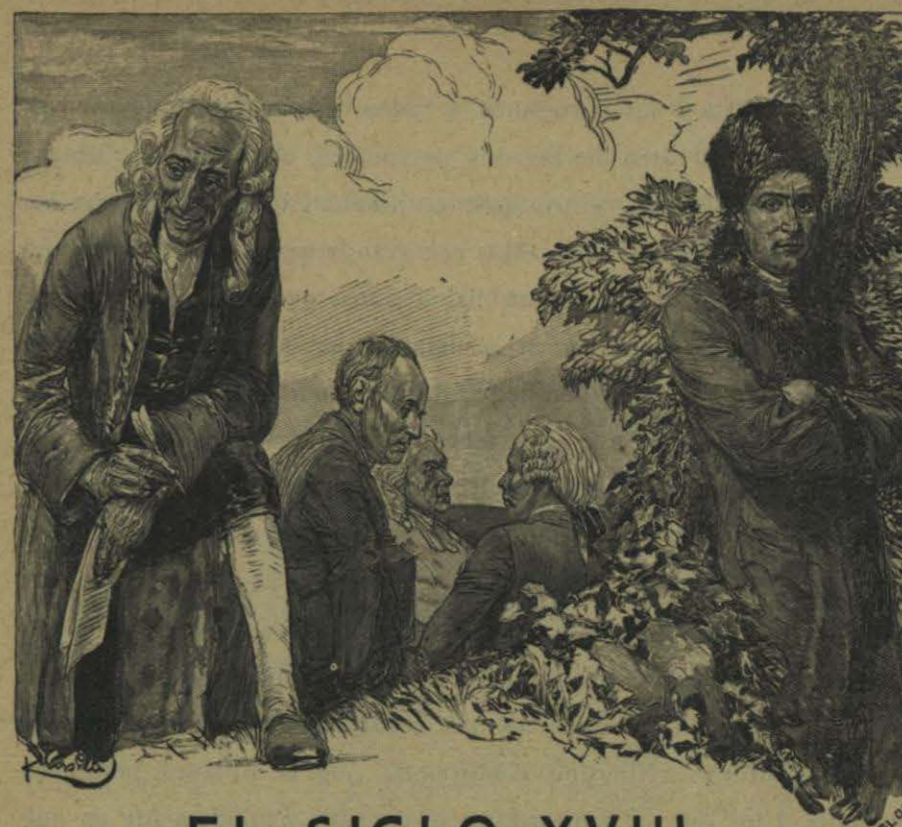
RUSIA. La yiuada de Pedro el Grande, Catalina I (1725-1727), una sobrina de Pedro, Ana Ivanovna (1730-1740), una hija de Pedro, Isabel (1741-1762), Catalina II (1762-1796), esposa de un nieto de Pedro, fueron en el siglo XVIII los principales monarcas de aquel país.

POLONIA. Entre 1697 y 1732, Augusto II, de la casa de Sajonia, y Estanislao Leczinski, alternaron sobre el trono. Augusto III, muerto en 1764, y Estanislao Poniatovski, fueron los últimos y poco gloriosos reyes polacos.

INDIA. Akhbar (1555-1605), Djihan-guir, Chah-Djihan (1627-1657), Aureng-Zeb, muerto en 1706, son los principales Gran-Mongoles.

He aquí indicaciones sobre algunos hombres de la época:

BERKELEY, filósofo irlandés	1680-1753
Alejandro POPE, poeta, nacido en Londres	1688-1744
Juan Bautista VICO, filósofo é historiador, nacido en Nápoles	1688-1744
MONTESQUIEU, nacido cerca de Burdeos	1689-1755
QUESNAY, economista, nacido en Montfort-l'Amaury	1694-1774
VOLTAIRE (Francisco-Arouet), nacido en París	1694-1778
MAUPERTUIS, matemático, nacido en Saint-Malo	1698-1759
LA CONDAMINE, viajero y sabio, nacido en París	1701-1774
Benjamín FRANKLIN, físico, nacido en Boston	1706-1790
MABLY (Gabriel Bonnot de), escritor, nacido en Grenoble	1709-1785
Juan Jacobo ROUSSEAU, nacido en Ginebra	1712-1778
Denis DIDEROT, nacido en Langres	1712-1784
VAUVENARGUES, filósofo, nacido en Aix, Provenza	1715-1747
CONDILLAC (Esteban Bonnot de), escritor, nacido en Grenoble	1715-1780
D'ALEMBERT, enciclopedista, nacido en París	1717-1783
BUFFON, naturalista, nacido en Montbard	1717-1788
MORELLY, escritor francés	1720? - ?
Adam SMITH, economista, nacido en Kirkaldy	1723-1790
Emmanuel KANT, filósofo, nacido en Königsberg	1724-1804
James COOK, navegante, nacido en Yorkshire	1728-1779
Ephraim LESSING, poeta y crítico, nacido en Sajonia	1729-1781
BOUGAINVILLE, navegante, nacido en París	1729-1814
Thomas JEFFERSON, hombre de Estado, nacido en Virginia	1743-1826



EL SIGLO XVIII

¡Cuántas veces se renovó la ilusión del buen tirano que realiza el ideal de la libertad y de la igualdad de los ciudadanos! Esos tesoros han de ser conquistados; no se darán jamás.

CAPÍTULO XV

HERENCIA DE LUIS XIV. — LAW Y LA BURGUESÍA FINANCIERA.
 LUCHAS DEL PENSAMIENTO Y DEL DERECHO DIVINO.
 CONSTITUCIÓN INGLESA. — REINADO DE FEDERICO II. — LA COMPAÑÍA DE LAS INDIAS. — EL GRAN TRASTORNO. — EL CANADÁ CAMBIA DE DUEÑO. — ENCICLOPEDIA; PRÍNCIPES Y FILÓSOFOS.
 REPARTICIÓN DE POLONIA. — HUÍDA DE LOS KALMUKOS.
 REVOLUCIÓN DE AMÉRICA. — LUIS XVI Y LOS ECONOMISTAS.
 MEDIDA DE LOS ARCOS DE MERIDIANO.

LA dominación del «Gran Rey» acabó de una manera deplorable; no solamente su intervención fué funesta en Europa, cuyos destinos había querido dirigir, sino que su gobierno fué sobre todo fatal para Francia, que arruinó en hombres y en dinero, que empobreció en su suelo y sus cosechas. Abandonado por la suerte,

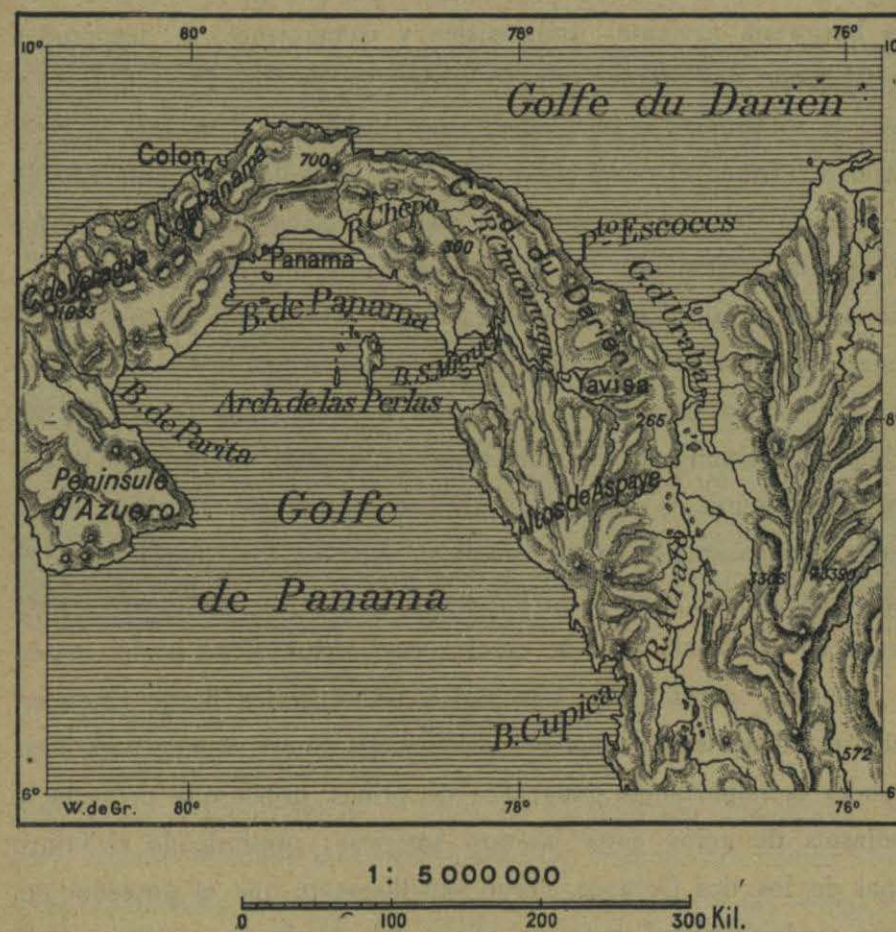
desagradaba hasta á sus cortesanos, y todos le abandonaban para volverse hacia uno ú otro de los dos personajes, el duque de Orleans ó el duque del Maine, entre quienes flotaban todavía inciertas las probabilidades de la herencia. Mas por grande que fuera el desengaño sobre el hombre cuya grandeza había antes parecido sobrenatural, el principio monárquico en su esencia no había sido menoscabado en lo más mínimo; la superstición de la monarquía absoluta había penetrado de tal modo en las conciencias, que los mismos innovadores, los genios de pensamiento más libre no concebían mejora posible sino por la concentración de todos los poderes en manos de un buen tirano, de un príncipe afable y dulce, llegado á la omnisciencia por los cuidados de un preceptor perfecto, de un filósofo virtuoso como lo eran ellos mismos: necesitaban un duque de Borgoña educado por un Fenelon, un «Telémaco» que recordara siempre las lecciones de un «Mentor». Ninguno comprendía que la libertad pertenece solamente á los que la conquistan; se confiaba cándidamente en que la buena educación de un príncipe tendría por feliz consecuencia la educación del pueblo cuyos destinos debía regir.

Afortunadamente para la fama del duque de Borgoña, ese príncipe devoto, indeciso, inepto, aprobador entusiasta de la San Bartolomé y de la revocación del edicto de Nantes, murió á tiempo para que no se pudiera escoger precisamente su ejemplo y mostrar que la educación más atenta y más sabia produce un resultado negativo cuando tiene como punto de apoyo el orgullo del nacimiento y del poder. Además, si Luis XV careció de verdaderos educadores ó, por mejor decir, sólo tuvo á su alrededor incitadores á la perversidad, sólo se le pedía una cosa, no morir: sus pueblos, que veían en él un «hijo del milagro», escapado al naufragio de toda su familia, hubieran dado todo por conservar aquella preciosa vida, y de todo corazón se precipitaron ante él en una explosión de entusiasmo proclamándole el «Muy Amado» cuando renació á la vida después de una enfermedad grave. Las duras experiencias pasadas no bastaban á aquella multitud servil, que, sin confianza en sí misma, todo lo esperaba de sus amos.

Un intervalo de algunos años separó los dos reinados de Luis XIV y de su biznieto, y casi todo ese período fué ocupado por la regencia

de Felipe de Orleans, quien al menos tendrá en la historia el mérito excepcional de haber dejado hacer, aunque sin hacer nada él mismo; se le puede reconocer también la cualidad de haberse interesado por las cosas de la industria, del arte y del pensamiento. A no ser regente, hubiera sido un hombre bueno, muy distinto de su pupilo,

N.º 412. Puerto Escocés y el Istmo de Panamá.



El «istmo» del Darien une la desembocadura del Atrato á la bahía de San Miguel.

que fué el egoísta por excelencia, el rey que llevó alegremente su reino al desastre con perfecta indiferencia del porvenir: «Después de mí el diluvio», decía irónicamente, convencido de que tenía tiempo de divertirse y de que todavía el cadalso no se levantaría para él. Sin embargo, ya bajo el regente, se anunciaban de una manera evidente los acontecimientos que habían de dar al final del siglo un carácter tan trágico: los antiguos cuadros de la sociedad no con-

venían á los elementos nuevos que en ella se movían y buscaban un equilibrio en relación con sus intereses; la burguesía que con los Colbert había puesto su gloria en servir al rey, se ejercitaba ya en emanciparse, en crear fuerzas económicas correspondientes á su omnipotencia próxima.

Las empresas de banca, cuyo derrumbamiento arruinó tantos especuladores hacia el fin de la Regencia, atestiguan la audacia de esa burguesía naciente. Industriales y comerciantes se desprenden de tal modo del Estado, que no tienen ya necesidad de su tutela y hasta le subordinan á su acción: emprenden por sí mismos la colonización, dirigen el comercio y la banca, reemplazan al gobierno en la gerencia del presupuesto y el pago de las deudas. Law no fué en aquella ocasión más que el representante, el paladín de la burguesía que se lanzaba á su primera locura juvenil con una especie de frenesí, arrastrando naturalmente tras de sí tardíos arrepentimientos.

Law había tenido un predecesor en los grandes negocios de extensión colonial, en ese llamamiento al crédito, es decir, á la utilización presente de rentas futuras, aseguradas por el cultivo de la tierra y el desarrollo de los cambios. Uno de los compatriotas del banquero escocés, el general Patterson, que había fundado en Edimburgo un establecimiento de crédito cuya prosperidad no ha cesado de aumentar durante los dos siglos transcurridos desde entonces, había estudiado suficientemente el mapa del Nuevo Mundo para comprender la importancia geográfica de primer orden que presenta la península de unión entre las dos Américas: presintiendo el futuro canal de los dos Océanos, creyó sencillamente que el poseedor del istmo tendría en sus manos la «llave del mundo» y se había apresurado á anticiparse con la esperanza prematura de poder, si no realizar, al menos preparar la obra de las generaciones siguientes. A la cabeza de un pequeño grupo de Escoceses, Patterson acampó en 1698 á la orilla de una ensenada poco distante del golfo de Uraba, cerca de los senderos que seguían los indios Cunas para atravesar el istmo y llegar al golfo de San Miguel en el Pacífico. Allí se hallaba sobre territorio considerado como dominio español por los tratados internacionales, y su posición no hubiera sido duradera si la Gran Bretaña, tan ambiciosa como él, no le hubiera sostenido resueltamente

por el envío de una flota y por la construcción de un camino. Pero no osó en aquella época lanzarse á la gran aventura, y en el año 1700 se presentaron unos barcos españoles á destruir lo que quedaba de Puerto Escocés.

Los proyectos de Law tenían mucho más ancha base geográfica y se aplicaban además á un territorio perteneciente á Francia por el



Cl. Sellier.

LOS ESPECULADORES EN LA CALLE DE QUINCAMPOIX
según una estampa de la época.

derecho de descubrimiento y hasta de colonización comenzada: en 1717, cuando se fundó la «compañía de Occidente», setecientos Franceses, labradores ó cazadores, se habían establecido á las orillas del Mississipi ó de sus afluentes. Los hombres de presciencia ó de imaginación creadora, como lo era Law, podían predecir ya con toda seguridad el porvenir prodigioso que se preparaba en aquellas comarcas tan fecundas y tan bien dispuestas para la expedición de los productos. Ni aun en sus sueños más exagerados podían llegar á forjar un cuadro de remota semejanza con el que presenta hoy la cuenca del «Padre de las Aguas» con sus grandiosas poblaciones, sus ricos cultivos, sus poderosas fábricas y sus ciudades magníficas, las metrópolis gemelas de San Pablo y de Minneapolis, San Luis cerca de la confluencia de los dos grandes ríos Missouri y Mississipi, las ciudades del Ohio ó

«Río Hermoso»: Cincinnati y Louisville, y la guardiana de las bocas fluviales, la Nueva Orleans, tan bien situada antes de llegar á los canales de paso y próxima á un lago en libre comunicación con el mar. Pero ya era muy bello el presente y suministraba una amplia garantía á los cuatro millones de libras de que disponía el fundador de la empresa, en el principio de aquella enorme remoción de capitales que lanzó el mundo de los jugadores á la locura furiosa de la especulación.

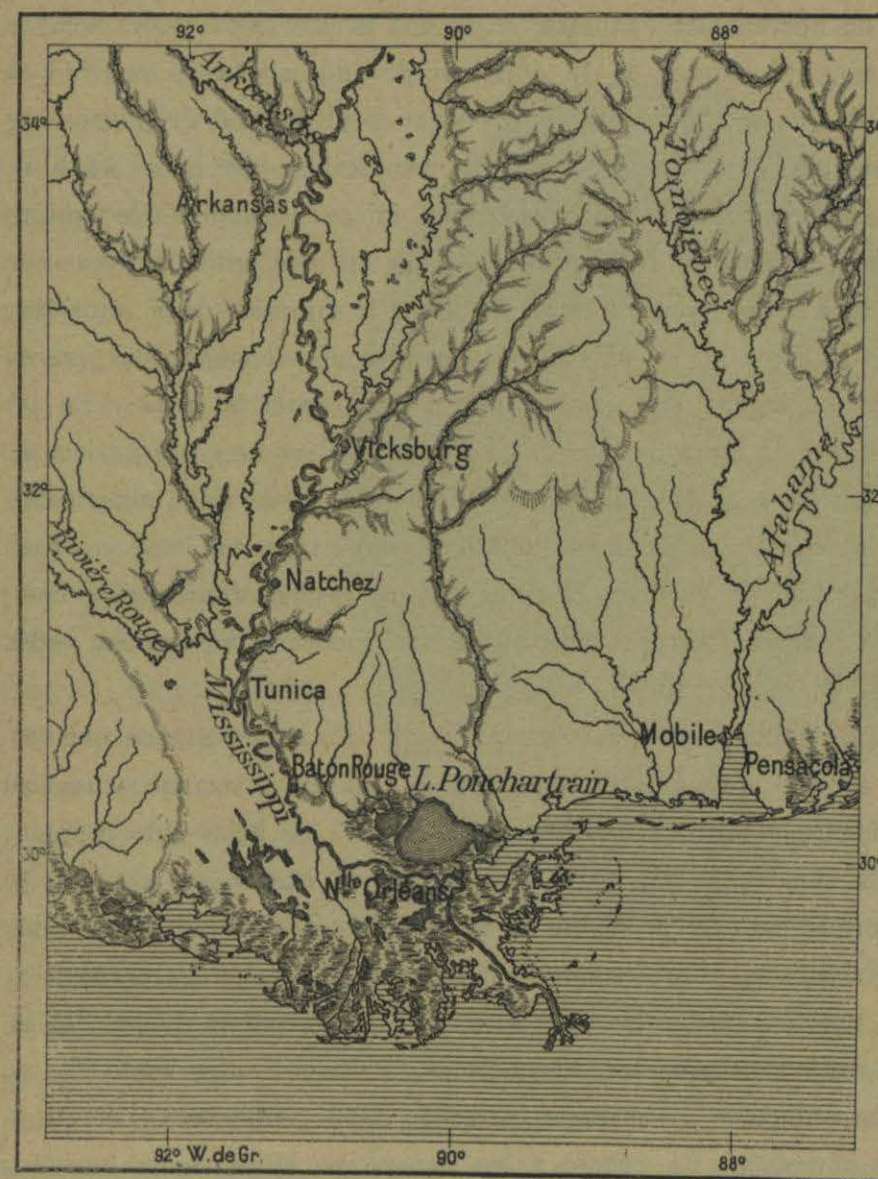
No hay duda que las acciones del Mississippi hubiesen podido conservar su valor y llegar á ser una fuente regular de rentas para sus poseedores, si el «sistema» de Law, impulsado por el frenesí del juego, no se hubiera complicado al mismo tiempo con la renovación de todo el régimen fiscal y hacendista de Francia y de Europa. Todo había de transformarse á la vez, pero aquellos cambios amenazaban á los numerosos funcionarios y parásitos que vivían de la rutina, los asentistas generales y los recaudadores, las gentes de ley y las de iglesia, que pronto se ligaron contra el innovador. Por otra parte, éste no podía menos de ser vencido, puesto que obrando fuera del Estado, por su plena iniciativa, se proponía que «la abolición del abuso se hiciera por el abuso supremo, que la revolución se operase por el poder ilimitado, indefinido, por el vago absolutismo, por el gobierno personal que no se gobierna á sí mismo»¹. Como quiera que sea, el banco de Law y los que nacieron por la misma época en Inglaterra, Ostende y Holanda, dando lugar á los mismos abusos y á las mismas catástrofes, no dejan de marcar una fecha capital, el principio de una era en la historia de la burguesía: en el mercado de los escudos — esperando mejor ocasión — todos se han hecho iguales; la banca no distingue ya entre hombres y mujeres, jesuitas y jansenistas, nobles y campesinos, amos y criados.

Pero el advenimiento especulador y rentista de la burguesía era poca cosa comparado con la libertad de palabra y de pensamiento reconquistada por los escritores, heraldos de la sociedad futura. Ya Voltaire, que había de personificar el siglo XVIII, había comenzado su obra de revolución por la ironía, rimando sus primeros versos, de

¹ Michelet, *Histoire de France*, XV, la Régence, p. 242.

escaso mérito por cierto, á la gloria de un rey que quedó medio hugonote, y proclamando la tolerancia religiosa.

N.º 413. Desembocadura del Mississipi.



1: 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

El hecho constituía una bella audacia tratándose de un joven que ya conocía la Bastilla¹; pero, más elevado que Voltaire en su

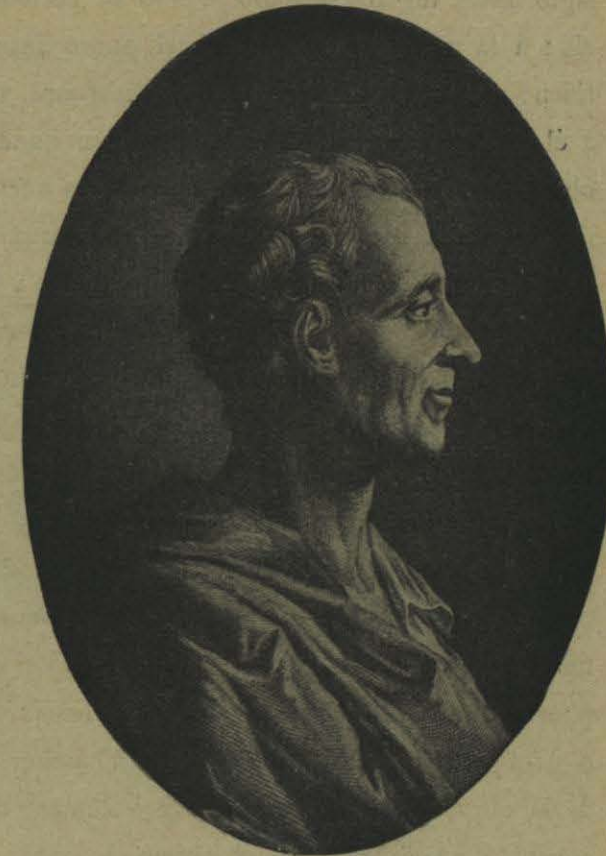
¹ Michelet, *Histoire de France*.

concepción de la historia, Montesquieu no se dirige solamente á los opresores, no se limita á recurrir á la piedad, sino que se presenta como el defensor de la justicia, y en el conjunto de las edades y entre todos los pueblos investiga qué es el derecho en su esencia, no el de un hombre, de una clase y de una nación, sino el del hombre mismo. El alcance de su obra excede con mucho en realidad al objeto que se había propuesto, porque si el derecho del hombre es intangible, toda autoridad que lo menoscabe, que limite su libre desenvolvimiento, es por eso mismo inicua. Comprendida lógicamente, la filosofía de Montesquieu, que en otro orden de ideas reproduce la de Descartes, llega también á la supresión de la autoridad: «Yo pienso y no es otro quien piensa en mí. Reconozco lo que es justo y ninguna otra justicia prevalecerá contra la mía». En tal concepto, la sátira de las *Cartas Persas* se eleva muy por encima de las patrias y de las religiones y sobre todo de la rutina abominable de las leyes. ¡Todavía se quemaban sentenciados en París en 1726, y la cárcel de Burdeos, la ciudad donde residía Montesquieu, contenía todavía calabozos horribles en los cuales la víctima no podía estar en pie, echado ni sentado!

Sin embargo, por acerada que sea la ironía, por grande que sea su alcance, no equivale todavía á la palabra directa de acusación fulminada contra los grandes, y esa palabra no había sido pronunciada aún. Por otra parte, después de la muerte del regente, la autoridad del derecho divino se había vuelto á establecer plenamente. Ni jansenistas, ni protestantes, cualesquiera que fuesen las persecuciones sufridas, podían lanzar el grito de libertad, puesto que su dogma les tenía absolutamente encadenados, y hasta en los suplicios, se veían obligados á venerar al príncipe como representante del Dios que adoraban. En cuanto á los pensadores libres, á los hombres desprendidos de la «mentira convencional», de toda superstición religiosa y monárquica, no osaban todavía decir todo, ni mucho menos escribir, por miedo á la Bastilla ó al verdugo; su elocuente audacia no solía manifestarse comunmente más que en los salones y en los cafés, excusada de antemano por la animación del discurso y de las réplicas, la alegría y el ingenio de las ocurrencias. Además el pensamiento no vive solamente de sí mismo, sino que se acomoda fácil-

mente á su medio. Escasos eran los escritores á quienes las condiciones ambientales les llevaron hacia la independencia del carácter y de la palabra; entre ellos, los que eran funcionarios, el cargo acababa por dominar á la valentía: el bello heroísmo que en un principio se había atrevido contra todo el mecanismo social, se limitaba á la crítica de tal ó cual abuso y no pedía más que reformas.

Así fué que Montesquieu, recibido solemnemente por los altos personajes de Inglaterra como gran señor que era, volvió á Francia fascinado por aquel Parlamento que había visto funcionar con bastante poder para contrarrestar el poder de la monarquía. En realidad la constitución británica sólo se aplicaba á una parte mínima de la nación, la que comprende los nobles, ricos antiguos, y los delegados de los municipios, enri-



Gabinete de las Estampas.

MONTESQUIEU, 1689-1755

quecidos recientes: la gran masa del pueblo, campesinos, obreros, proletarios, quedaba fuera de ese funcionamiento electoral. No obstante, aquel mecanismo de donde había de salir el equilibrio entre los dominadores de la nación, monarquía, nobleza, burguesía, pareció tal obra maestra á Montesquieu, que su entusiasmo, hecho comunicativo, fué compartido durante siglo y medio por todo el mundo civilizado, y después de tanta clase de ensayos acabó ese sistema por ser adoptado casi universalmente hasta por los amarillos del «Sol levante» y por los negros de Liberia¹. Tal fué la reforma que, para

¹ Maxime Kovalevskiy.

gran número de políticos, ocultó en su conjunto el verdadero problema de la emancipación humana.

A lo menos, bajo el régimen de ese Parlamento inglés, el pensamiento se manifestaba más libremente que bajo la dictadura del cardenal Fleury, aterrorizado él mismo por los jesuitas. Más de un siglo antes Inglaterra había tenido su período literario por excelencia; á la sazón se hallaba en el punto supremo de su gloria científica: después de haber tenido Shakespeare, tenía á Newton. Gracias á él, la ley universal de la gravitación quedaba conquistada para la observación y para el cálculo, y una era nueva se abría para el genio del hombre. Al mismo tiempo, toda una escuela de filósofos se desprendía de la influencia del cristianismo y hasta reaccionaba contra él. De su viaje á Inglaterra, Voltaire aportaba, no sólo las teorías de Newton, sino también las doctrinas racionalistas de Locke, cuya exposición escrita tuvo el honor de ser quemada por la mano del verdugo. Bajo una forma más grave, menos brillante y menos literaria, pero tan profunda como en Francia, el pensamiento humano abordaba en Inglaterra todas las ciencias de observación; hasta la obra de la Enciclopedia, dirigida por pensadores libres, tomó allí una forma análoga á la que le dió después el genio fogoso de Diderot, puesto que el *Diccionario universal de las Artes y de las Ciencias* ó *Ciclopedia*, publicado por Efraim Chambers en 1728, sugirió la idea de la obra francesa, cuyo primer volumen, de los diecisiete de que consta, data de 1751, y el último de 1765.

Sin embargo, los Estados de Europa no podían abandonar el pasatiempo de la guerra. Los ejércitos continuaban yendo y viniendo, frecuentemente sin saber apenas cuál era el amigo ó el enemigo, y cambiando de adversario, de aliados, de política, según los consejos de un confesor ó los caprichos de una dama de la corte. Pero cuando comenzó de nuevo la gran guerra, hubo á lo menos un capitán, Federico II de Prusia, que tomó la cosa muy en serio, y cuya clara voluntad, desprovista de todo escrúpulo, necesariamente había de triunfar de gentes que no sabían querer. En el dualismo de los Estados principales de Alemania, era el príncipe cuyo reino representaba la mayor unidad nacional. Mientras que Austria era un agregado de pueblos hostiles entre sí, con tradiciones, costumbres

é idiomas diferentes y siempre difíciles de poner en línea y de retener bajo una misma dirección, Prusia abarcaba un conjunto de poblaciones, si no muy unidas, al menos sólidamente clavadas y sujetas: Alemanes y Eslavos, más ó menos organizados, formaban una masa compacta, bien adiestrada en la obediencia, lo mismo que el ejército



BERLÍN — MUSEO DE ANTIGÜEDADES Y LUSTGARTEN
Estas construcciones datan de principios del siglo XIX. Cl. Kuhn, edit.

reglamentado por los soberanos de Prusia con un celo que tocaba ya en manía.

Desde la paz de Westphalia, el pequeño Estado de Prusia gradualmente se había aumentado, consolidado y desprendido de las potencias vecinas, Suecia, Polonia é imperio de Austria. Muy ambicioso y tomando parte en todas las intrigas diplomáticas de Europa, el «gran Elector» Federico Guillermo había llegado á querer, casi sin marina, darse un imperio colonial; á riesgo de enemistarse con sus celosos vecinos, los mercaderes holandeses, había mandado esta-